

EL CAÑONCITO DE CLAPUCHINGRA

“... Nada ni nadie puede sacarme las alas...”

TEODORO POMIEZ

Para Nati: mis utopías no se bajan, más bien se acrecientan cada día.

EL CAÑONCITO DE CLAPUCHINGRA

El desierto se extiende sin límites, cubierto de pajonales ocres, altos y desarticulados que explotan hacia el cielo, al paso de la carreta traqueteante que transporta a los europeos.

A ojos de buenos creyentes, parece el trabajo inacabado del primer día del génesis, en donde falta por saber todavía que iba a hacer Dios en los seis días siguientes.

La tierra está calurosa, como si se hubiese partido el centro ígneo de la tierra para construir este lugar. La carreta, con ruedas de madera altas, más altas inclusive que los hombres, se movía al paso cansino de dos caballos viejos y pesados; tanto, que parecían arrumbados. Estos animales debían haber tirado a centenares de vehículos antes que éste, a juzgar por las mataduras y las cicatrices de cada uno.

En este paraje desolado, la monotonía del viaje y el sueño que trae el cansancio sólo es alterada por la aparición de algún zorro que se ve a la distancia; o por algunos ñandúes que flamean sus alas, juguetones. Por allí, alguna vaca flaca y huesuda se cruza de vez en cuando, curioseando a los visitantes con la mirada. De tan sosegadas, aumentan la monotonía del paisaje.

El alemán que dirige al grupo compró el carruaje al descender de un vapor, a un proxeneta gitano que encontró entre los genoveses de bigotes espesos que trabajaban en el puerto de Rosario.

El alemán primero miró al gitano con curiosidad. Éste mostraba tanta displicencia en el trato, que contrastaba notoriamente con el refinamiento que pretendía mostrar en la vestimenta. Una cadena dorada sobresalía colgando de un bolsillo del chaleco. La cadena parecía estar haciendo juego con un diente de oro que sobresalía en una boca grande con dientes desparejos.

Decenas de mocetones que trabajaban en el puerto, la mayoría de origen genovés, miraban sorprendidos a los viajeros, con ansias de ganarse una moneda colaborando en el traslado de las valijas y los bártulos.

La mayoría de los pasajeros que descendían en el primitivo puerto de Rosario por entonces, eran extranjeros. Bajaban con enormes ojos de mirar desaforado y se diseminaban primero en la ciudad y después por la llanura, muy adentro de la bota santafesina. Como si fueran hormigas a las que apura la tormenta.

Todos, exceptuando a los muy chicos, se bajaban del barco y uncían sus pertenencias en valijas de cartón duro. Algunas tenían ataduras de arpillera, o hilos gruesos alrededor, de lino amarillento que se deshilachaba con el manoseo y el tiempo.

La mayoría de los viajeros que descendían eran inmigrantes que amontonaban los bultos con la ansiedad lógica ante lo desconocido. Después partían hacia el destino que le habían trazado de antemano.

El alemán, de nombre Philip, bajó del barco con su mujer y dos hijos que dejó esperando a un costado del muelle para negociar con medias palabras en español la compra del carro al

gitano. Cuando se pusieron de acuerdo con el precio, Philip cargó a su esposa Margarite, a los dos hijos y todos los bultos, en la carreta de flejes y elásticos oxidados.

Después compró otra carreta casi nueva a otra gente, la que destinó a su hermana Augusta y a su cuñado Heinrich.

Antes de salir del puerto los europeos se entusiasmaron con unos mazacotes de pan semicrudos adornados con chicharrones salados, que compraron a una vieja con un pañuelo en la cabeza. Luego partieron comiendo hacia la propiedad adquirida unos cuantos años atrás por Philip en la provincia de Santa Fe, a unos cien kilómetros al norte del puerto de Rosario.

En el viaje transcurrido desde Alemania hasta Buenos Aires y luego desde Buenos Aires a Rosario, ambos en barco, el alemán estuvo inquieto y elucubrando ideas que quería poner en práctica de inmediato.

Cuando se alejó del puerto y del caserío de Rosario, extrajo un mapa trazado con pluma firme que obtuvo en la ciudad de Santa Fe, donde había negociado la posesión de la extensión del campo años atrás. El mapa se había vuelto amarillo, pero señalaba con claridad el punto principal de la propiedad, varios kilómetros a la izquierda de la ruta que unía Rosario con Santa Fe.

A medida que avanzaban, descubrían que el camino en realidad era una huella de carretas mísera, cubierta de malezas donde se veía alguna que otra casucha miserable en los costados. Con mirada condescendiente alguno de esos ranchos puede servir para descansar una noche con la familia.

Al segundo día de marcha debieron cruzar un río de escasa profundidad. Unos gauchos andrajosos pescaban utilizando unas largas chuzas -o lanzas- confeccionadas con ramas secas de árboles. De pie, haciendo equilibrio sobre un batel amarrado a un palo de la orilla, trataban de atravesar algún pez de los tantos que subían por el río.

A un centenar de metros se ve el humo de un poblado pequeño habitado por pescadores que están intercambiando algunos “vicios” o mercaderías tales como bebida, yerba, azúcar y tabaco.

Después de unas horas de viaje y a medida que los europeos avanzaban campo adentro los invadía el silencio. En realidad, en este desierto donde no se percibía casi la presencia humana, la tristeza se apoderaba de ellos...

Esto sucede en el año mil ochocientos setenta y cuatro. En este lugar llano y de malezas fuertes, casi no hay árboles. Parece un desierto, pero con una tierra fértil que forma parte de la gran Pampa Húmeda de la Argentina, como se empezaba a conocer en Europa a este enorme territorio.

Philip y su gente, viajan con la carreta entre medio de los pastos que se extendían al cielo como queriendo punzar las nubes. En la medida que entran en la llanura sin gente, se lee cierta desazón en las caras y en los silencios.

Las tipas, pastos duros y fuertes que habitaron por años y años esta zona de la pampa húmeda, les iban dando la bienvenida a medida que se adentraban en los dominios del territorio comprado años atrás.

Los alemanes venían de un país floreciente inserto en el centro de una Europa que comenzaba a vivir por entonces tres décadas de paz. Pero una paz que se cuidaba con ejércitos que se armaban hasta los dientes. La “Belle Époque” estaba empezando a tejer un mundo de ilusión inacabable. Hacia los finales de aquella década algunas actitudes hicieron pensar que la violencia y las muertes quedaban atrás para siempre...

Ahora, Philip y su familia tragaban el polvo del camino que provocaba cada movimiento de las ruedas de madera en la “cañada de los carrizales”. La llaman así porque en ella crecían unos enormes cañizos o carrizales de unos dos metros de altura que servían de valla protectora para los vientos.

En ese momento, Philip comenzó a mascullar ante los suyos por primera vez, acerca del duro contraste entre lo que quedó atrás en Europa y este viaje en un lugar que parece la nada.

Continuaron un día más hasta encontrar un arroyito de pocos metros de ancho. En ese arroyito torcieron el rumbo corriente arriba, por la orilla del arroyito hacia el poniente durante unas leguas, hasta chocar de cabeza y sin piedad con un inmenso pajonal de espartillos gigantes que delimitaban varias lagunas que se extendían hasta donde abarcaba la vista de los europeos.

El alemán se paró en un borde del carruaje para ver más lejos. Disimuló la primera impresión ante la familia que observa ansiosa cualquier gesto o palabra suya.

-“Esta es la tierra prometida” , dijo. “La que seguramente tendrá mucho valor en el futuro” agregó”. Pero cuando observó la lejanía sin límites del campo sintió congoja . Pensó: “esto será duro”

Se alegró un poco cuando divisó la marca de un hierro levantado y terminado en cruz. Era la marca que el agrimensor del campo había dejado años atrás en la orilla del arroyito de agua cristalina.

- “Este es el lugar, ahora no tengo duda!” –exclamó Philip – Allí adelante empezará nuestra historia.”. Respiró hondo, miró a la familia de blondas figuras y abrió la boca con una mueca parecida a una sonrisa. Estaban en el campo de su pertenencia, así que les dió la bienvenida a todos. El grupo mostro cierta algarabía, aunque contenida.

La realidad estalló cuando llegaron a las dos casas ruinosas con un “galpón” que construyó años atrás, con la ayuda de algunos paisanos que contrató, luego de varios días de buscarlos en aquella inmensidad.

Estas casuchas habían sido armadas de apuro unos meses antes que Philip partiera para Alemania a buscar a su familia. Los ranchos tenían piso de tierra y dos habitaciones. Estaban cercados con alambres rústicos traídos desde la provincia de Buenos Aires unas plantaciones de tunas alrededor. Las espinas de los cactus impedían que las bestias entren hacia el caserío. Esta construcción precaria es el refugio futuro para los dos matrimonios.

Antes de llegar al caserío, por entre la huella tapada de yuyos se cruzaban distintos animales: iguanas gigantes; tortugas que se zambullían presurosas al agua del arroyo; algunos guanacos que huían despavoridos; ñandúes, que extendían las alas enormes para alejarse asustados. Inclusive una zorra con tres crías siguieron al carruaje, curiosos por unos metros, jugando entre ellos hasta alegrar a los chicos. Conocerían después a las perezosas comadrejas y a los “leones americanos” –pumas- que comerían algunas de los corderos que pastaban por allí.

El suelo era bajo, pero el arroyo de agua dulce que lo atravesaba, con un corte ligero y poco profundo, lo convertía en uno de los campos mejores cotizados por entonces. Pajonales y pastos variados de forma abundante, con agua dulce a disposición favorecía la reproducción de los animales.

No hay árboles aquí. Salvo que entendiéramos por árboles a unos arbustos de hojas finas puntiagudas, con espinas, que llamaban Espinillo. Dan poca sombra, pero las ramas pueden usarse como empalizadas, o consumidas como leña.

A los pocos días de vivir en el campo, cerca de un mediodía en que Philip recorría los animales en el carro junto a sus hijos, divisó una columna de humo; tenue el principio. De a

poco el humo se mostraba más amplio y espeso, provocando inquietud en el Alemán, que apuró un poco a los caballos.

Un incendio en el campo no es raro en medio de tanto calor y tanta seca. Un descuido puede provocar un pequeño fuego que después se extiende por todos lados.

Cuando se acercó al origen del fuego, Philip empalideció. Lo primero que observó de lejos fueron unos cueros de vacunos estirados y pelados. Tal vez eran de los vacunos cuyas osamentas había visto junto al camino por el que avanzaban.

De repente, otro montón de cueros sostenidos por palos torcidos y desparejos que no se levantaban a mucha distancia del suelo. Estos cueros obrientos intentaban ser el techo de unas chozas miserables. De esas chozas comenzaron a salir algunos nativos de tez morena y pelos pringosos, que se apiñaban para mirar quien era el viajero...

Ya se había corrido la voz de la llegada al paraje de mujeres, hombres y niños que eran totalmente diferentes a estos rostros morenos y aindiados, con enormes surcos de arrugas en la piel de los más viejos. Entre las matas del camino, algunos chimenteros habituales – los “bomberos”- se encargaban de vigilar o avisar con tiempo la llegada de desconocidos,

Las casuchas eran cinco o seis.. Estaban sujetadas con cordeles que iban de los palos retorcidos a los techos de cuero. Algunas están rodeadas a los costados con paja y barro aplastado a mano, que pretenden ser las paredes de la casa.

Unos cuantos jóvenes semidesnudos, petisos, de rostros oscuros; con pelos largos y sucios, los observan envueltos en el olor que emanaba de los cueros. Es un hedor fuerte a grasa rancia que es acompañada por la putrefacción que arrastan unos perros flacos revueltos en osamentas.

Philip es un médico que atravesó muchas situaciones difíciles. El alemán está endurecido en mente y espíritu. Sabe que sufre de tuberculosis. Venir aquí es sólo para prolongar la fecha de la muerte porque la enfermedad no tenía ningún remedio. Nada de lo que suceda ahora lo asusta o sorprende, no obstante esta situación es nueva y le llama mucho la atención.

La curiosidad hizo que Philip se acerque a ellos. A la par de las casuchas, dos o tres mujeres cocinan en una olla de hierro, una carne de cordero que despedía un olor particular. Algunas mujeres de edad mediana y una o dos jovencitas que están detrás de ellas miran sorprendidas.

Con el tiempo Philip y su hermano sabrían que estos indígenas provenían de la desaparición de tribus que formaban parte de las poblaciones de los Timbúes, de los Chanás y de los Corondá o Corondinos que vivían junto al gran río.

Se dispersaron conformando una población bastante homogénea que llegaban a esta zona lejos del hogar original, en busca de paz y de algún trabajo. Huían de la aparición esporádica de gauchos bandidos -o matreros- que deambulaban en la zona del gran Río Paraná.

Aquella dispersión originaba estos asentamientos irregulares entre las grandes estancias que duraban algún tiempo. Invariablemente, algunos cometían algún delito menor y volvían a mudar de territorio. Otros eran tomados como peones irregulares en los campos, que se poblaban paulatinamente con los colonos que uno tras otro aparecían en la zona. A veces los estancieros pactaban con ellos algún intercambio de mercadería para evitar robos o tropelías.

El alemán observó que las mujeres que cocinaban parecían estar sin hombres a la vista. Los varones salieron a cazar comadrejas, de las que aprovechaban la carne a la parrilla y el cuero que secaban al sol con sal para vender. Lo mismo hacían con el cuero de los lagartos overos que las mujeres secaban en una parrilla de troncos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

